

## **“ALUMNI”- DISTINGUIDO: Mara Dierssen Sotos**

---

Magnífico Sr Rector de la Universidad de Cantabria, Autoridades Académicas, Presidenta de ALUCAN, Secretario del Consejo Social, querido Jesús, Sras. y Sres. Quiero empezar agradeciendo al Sr Rector de la UC, a los miembros de los órganos de gobierno y representación aquí presentes y a la Asociación de Antiguos alumnos la concesión del reconocimiento como Alumni Distinguida de esta Universidad, mi Universidad, que acepto con orgullo. Es para mí un gran honor estar aquí hoy y es un honor aún mayor que estéis vosotros aquí acompañándome al recibir esta distinción. Ver que hay tantas personas que me aprecian me llena de orgullo. Porque este reconocimiento, como los demás que he recibido no son solamente míos, sino de todos aquellos que habéis estado a mi lado y que me habéis aportado vuestra experiencia, vuestras opiniones, que habéis compartido conmigo vuestras ideas o simplemente vuestro tiempo.

Me emociona especialmente que mi Universidad considere que mi trayectoria profesional es merecedora de este reconocimiento, porque, sin duda, en ese universo de influencias que me han llevado a ser investigadora y científica, juega un papel central el haber pasado por sus aulas. Definitivamente la Facultad de Medicina marcó mi carrera profesional. Fueron los primeros pasos que di en lo que sería la ocupación fundamental a la que he dedicado la mayor parte de mi tiempo y de mi vida.

Yo pertenezco, y lo digo con orgullo, a la Novena Promoción de Medicina. Y al igual que la añada del 61 fue mítica para los vinos, también lo fue para nuestra promoción, la primera de numeros clausus y de selectividad. Los chicos de BUP. En 1979, el año en que iniciamos nuestra carrera, subió al poder Margaret Thatcher, hubo revoluciones en Irán y Nicaragua, se celebraron las primeras elecciones municipales de la democracia, se estrenó Apocalypse now y Sony lanzó al mercado el primer walkman.

Empezábamos nuestra carrera de Medicina en una facultad que había iniciado su andadura en 1973 en una incipiente y joven Universidad de Santander que nació fruto de la ilusión de muchos montañeses. Una universidad que hubo de bregar con dificultades económicas y políticas, inmersa en un sistema universitario masificado y en un entorno que no siempre fue el idóneo para cumplir sus objetivos. Había entonces muy pocos medios, pero al igual que las vides del 61, la poca agua que llegaba a la planta iba directa a nutrir el fruto, no a la madera. Ello se debía a los muchos profesores jóvenes y entusiastas, con una visión y una vocación de formación e investigación no tan comunes en nuestro país en aquel entonces. Entre ellos estaba mi padre, que había vuelto cargado de ideas de Estados Unidos y que había organizado el primer servicio de neurocirugía en Valdecilla. Los años de la carrera fueron años de encrucijada, de posibilidades, de revoluciones inciertas, un punto de inflexión en nuestras vidas.

Muchas cosas vividas caen en el terreno del olvido o se nos vuelven borrosas. Pero hoy y aquí tengo que confesar algunas cosas y recordar a algunas personas.

Empecemos por las confesiones. Yo quería ser científica desde pequeña... Había seguido con fruición las peripecias del Apolo I (en blanco y negro por supuesto), como demuestran mis notas en un olvidado cuadernillo que reencontré hace poco. Pero si he de buscar una razón que justifique mi pertinaz deseo por dedicarme al estudio del cerebro (entonces la neurociencia no existía como tal), ciertamente ésta se encuentra en la influencia de mi padre, con seguridad una de las personas más inteligentes que he conocido. A través de sus ojos empecé a interesarme por esa maquinaria compleja de la que emerge la actividad mental y el comportamiento humano y por el hecho, singular a mi entender, de que a pesar de ser tan diferentes podían ocurrírsenos ideas tan similares. Descubrí también la figura de Don Santiago Ramón y Cajal. La sencillez de los medios y la claridad de su pensamiento me asombraron y ciertamente influyeron en mi decisión de dedicarme a la investigación científica. Sin embargo, cuando le comuniqué mi intención de estudiar biología, mi padre me convenció de que la biología no me permitiría encontrar la respuesta a mi pregunta y de que desde la medicina, también se podía hacer investigación, como la que él mismo realizaba. El caso es que terminé,

obedientemente, estudiando medicina, eso sí, con el anhelo, inconfesado, de no tener que convertirme en otorrinolaringóloga, uróloga o cualquier otra especialidad que requiriera el contacto directo con fluidos corporales. En realidad la medicina tampoco proporcionó respuesta a mi pregunta, pero sí conseguí ser científica. Y, aunque es verdad que, salvo una breve ayudantía, no he tenido un contrato laboral como es debido, hasta más allá de los cuarenta, sé que mi padre estaría orgulloso, y aunque obviamente no he ganado tanto dinero como siendo ginecóloga, dermatóloga o cirujana, desde luego estoy encantada con el camino que escogí. Y es que en aquella época, menos posmoderna, no eran tan importantes los argumentos economicistas sobre salarios y posibilidades del mercado del trabajo. Escogíamos nuestra profesión, al menos yo, porque nos apasionaba.

Durante nuestros años en la facultad, acumulamos experiencias, momentos, recuerdos, y conocimos a grandes profesores cuyas enseñanzas nos han acompañado para siempre. Quien podría olvidar a los profesores del Departamento de Anatomía, Ojeda, Hurlé, Porrero con sus fantásticos dibujos a tiza en la pizarra, o sus recreaciones de los plegamientos del peritoneo utilizando un trozo de tela que suplía, y mejoraba, el actual 3D. Siempre que lo recuerdo pienso en Cajal que decía que “Si nuestro estudio versa sobre un objeto de anatomía, la observación correrá pareja al dibujo; porque, el acto de copiar disciplina y robustece la atención, obliga a recorrer la totalidad del fenómeno estudiado, y evita, por tanto, que se nos escapen detalles frecuentemente inadvertidos en la observación ordinaria”.

O Berciano con el que aprendimos, a través de la teatralización de la marcha del segador que tan magistralmente interpretaba en clase, a diferenciar el ictus de las lesiones cerebelares. Especial mención merecen, sin duda, en mi caso los profesores de Farmacología Básica y Clínica, cuyas enseñanzas, y la dureza de sus exámenes de respuestas encadenadas nos marcaron a todos. Aún recordamos sin duda aquello de “si la uno es cierta y la dos es falsa ¿cuál sería el resultado de administrar tal o cual tratamiento a este paciente?”. El FAM (Flórez, Armijo y Mediavilla) sigue siendo texto de referencia en las Universidades españolas.

Quiero recordar también al profesor Juan Jordá, bajo cuya dirección pasé un verano recogiendo caracoles del “prao” de la facultad y disecando y registrando su ganglio cervical (y creo que es la primera vez que he deseado que lloviera en Santander). Tantos y tantos profesores y profesoras con extraordinarias cualidades humanas y un profundo sentido ético que formaban al estudiante en todas sus dimensiones. Todos y cada uno de ellos han dejado su huella en nosotros.

No quiero olvidar en este discurso a mis compañeros de la “novena”. Esos que te ayudaban y te apoyaban cuando no sabías por dónde empezar, cuando fallabas en alguna asignatura, que te aconsejaban o te pedían consejo, o te gastaban bromas pesadas en la sala de disección. Y también hay que decirlo, con los que te tomabas ese pinchito de tortilla en el bar de la “facu” a media mañana, o te ibas de fiesta un fin de semana... Ahora eso se llama “networking”, y se entiende que las claves de una universidad de calidad tienen que ver también con la motivación que proporciona disfrutar cada minuto que uno pasa en el campus universitario... pero en aquel momento no lo llamábamos así.

Pero con toda seguridad, lo que más ha marcado mi carrera científica fue mi paso por el Departamento de Farmacología, primero para hacer la tesina, y posteriormente la Tesis. Fue mi primera experiencia en “ciencia dura” en la que me enfrenté no solamente con el aprendizaje de las técnicas de laboratorio, sino con una forma diferente de hacer las preguntas y de analizar las respuestas. De mi paso por farmacología aprendí lo que es la pasión por el conocimiento, aprendí a hacer más las preguntas, los desafíos científicos. Y aprendí a poner el corazón, tanto como la inteligencia, al servicio de las ideas. Pero sobre todo, de mis charlas con los amigos del departamento, Maruja, Ángel, Javier Ayesta, aprendí a ser crítica con mis ideas, a cuestionar mis hipótesis y a rechazarlas sin piedad, y pensar otra explicación si los hechos las refutaban. Y descubrí que en lugar de ser frustrante, esa continua mirada crítica es lo que permite adentrarse en el conocimiento del mundo que nos rodea.

Tuve además la suerte de ser una de las pocas científicas de aquella época con referentes femeninos: Maruja Hurlé, África Mediavilla, Carmen del Arco o Mariángeles

Cos me enseñaron que se puede ser mujer, tener familia y desarrollar una carrera científica, a pesar de que es un reto casi épico. Viéndolas entendí la definición de “superwoman” que a diferencia de superman que no se despeina ni cuando salva al mundo, es una multitarea sin superpoderes, que llega a todo como puede: deadlines, proyectos, comisiones, y a la par exámenes de mates, partidos de fútbol o recogidas de niños. Seres imperfectos, pero reales que, como Maruja, sientan a sus bebés en una talla verde (esterilizada) mientras registran el núcleo del tracto solitario del gato o inventan bombas de nieve carbónica con un tubo Eppendorf. Ellas me enseñaron que la pasión que ponemos en lo que hacemos determina nuestra capacidad de elegir nuestro futuro, independientemente de las circunstancias. Y que para que el futuro nos sea propicio hay que confiar en una misma y crearlo, haciendo que esas circunstancias formen parte de la solución en lugar de ser el problema.

Ellas me enseñaron que se puede tener todo... y yo las creí y aquí están hoy, acompañándome, dos de mis cuatro hijos...

De mi carrera científica no hablaré porque Jesús ya ha hecho suficiente mención de ella. Mi paso por una Facultad de Medicina, ciertamente me ha proporcionado una visión humanista de la ciencia y me ha hecho escoger una aproximación más holística y menos reduccionista que la que es habitual en ciencia básica. Y creo que la investigación científica es una de las profesiones más gratificantes que existen, pero has de encararla con espíritu de aventura y no de funcionario.

Vosotros, Jesús, me enseñasteis a hacer la ciencia rigurosa que me permitido hacer las contribuciones que he hecho. Pero también aprendí a trabajar y a investigar con un profundo respeto por los valores humanos y la ética profesional y comprendí que detrás de los tubos de ensayo y los ratones de laboratorio hay personas, y eso hace que nuestra investigación vaya más allá del descubrimiento, y nos sitúa cercanos a la sociedad, a esas personas para las que finalmente trabajamos y a las que esperamos poder ayudar.

No quiero dejar de aprovechar esta ocasión para manifestar mi convicción en la importancia que tiene que la situación de la ciencia española mejore y que la Universidad vuelva a recuperar su papel crucial como generadora de conocimiento y no

se convierta simplemente transmisora de saberes. Y no sólo adoptando la visión cortoplacista del beneficio inmediato que aduce que necesitamos de la ciencia para ser un país más próspero, sino porque, al contribuir al avance del conocimiento, contribuimos también a construir una sociedad más justa y más libre.

Hoy he sido testigo de cómo en estos años, la Universidad de Cantabria ha dado pasos de gigante en su camino hacia la excelencia académica y profesional. Cómo ha encontrado su espacio particular para ofrecer una enseñanza de calidad, un esfuerzo que, sin duda, ha supuesto una profunda reflexión sobre la búsqueda de la excelencia en este campus, tanto en sus funciones de formación, como de generación de conocimiento y de transferencia de la investigación.

Sin embargo aún queda mucho camino por recorrer. Y, desgraciadamente, la situación económica y política no favorecen el florecimiento de espacios de conocimiento en nuestro país. Es decepcionante ver que la agenda política española, sigue centrada en discutir pactos políticos absurdos, sin que se vislumbre una estrategia coherente y competitiva que permita corregir la situación actual, no solamente para salir de esta crisis, sino para adoptar un nuevo modelo económico, en el que la apuesta por el conocimiento permita construir un futuro mejor para todos.

Y la raíz del problema y su solución no es seguir con el turismo y la construcción, es que tengamos profesionales con una sólida formación, competentes y competitivos a nivel internacional. Para conseguirlo hay que propiciar el necesario desarrollo de la Universidad. Y la ambición debe ser que cuando pensemos en referencias de excelencia y prestigio nos venga a la cabeza la Universidad española. Para ello, tal y como yo lo veo, hay que invertir (que no gastar) en programas de atracción de talento internacional, en infraestructuras que permitan mejorar la productividad investigadora y el impacto de las publicaciones científicas de sus profesores, hay que mejorar comunicación con las empresas, los hospitales y otros agentes sociales, para potenciar la innovación y el desarrollo tecnológico. Los estudiantes de la Universidad de Cantabria se diferenciarán de los demás, porque en esta Universidad sabrán lo que es la investigación puntera, porque sus profesores serán los que escriben los libros de texto. Una universidad que

sea una escuela de pensamiento que permita construir el futuro con pie firme en el presente.

Y para ello hay que cuidar también la formación en habilidades y competencias profesionales. Hablar inglés está muy bien y es muy importante, pero volver los ojos hacia la cultura anglosajona nos podría ayudar a dar otro enfoque a nuestra experiencia universitaria. Algo que nos falta en España es esa capacidad de defender nuestras ideas con convicción en foros internacionales a partir de un conocimiento sólido y una sólida preparación. Cajal decía “Defecto por defecto, preferible es la arrogancia al apocamiento, la osadía mide sus fuerzas y vence o es vencida, pero la modestia excesiva huye de la batalla y se condena a vergonzosa inacción.”

Termino ya mi discurso pero no quiero acabar, sin un profundo agradecimiento a las personas que siempre me han apoyado. Me refiero a mi familia. Ellos son los que han contribuido a que haya podido llegar hasta aquí apoyándome en los momentos difíciles, cuando estaba a punto de desistir, dándome un empujón cuando lo necesitaba... A mi padre, inteligente y con profundas convicciones, fuerte como una roca, que me enseñó el valor del esfuerzo y la pasión por el conocimiento. A mi madre, una artista excepcional y una persona maravillosa, de la que aprendí la creatividad, la tenacidad y el valor de pensar siempre en los demás. A mis hermanos, a mis cuñados, siempre cercanos, cómplices y consejeros de confianza, que con su apoyo me han animado a continuar. A mis sobrinos a los que veo, con orgullo, crecer en inteligencia y valores. A mi marido, inteligente e íntegro y bellísima persona, que ha sabido compartir, y no solamente ayudar, ser compañero en un camino emocionante pero lleno de escollos, y ser un igual en un mundo de desigualdad. Y finalmente a mis hijos de los que aprendo algo cada día y que me demuestran que la mejor decisión que he tomado en mi vida es tener una familia.

Muchas gracias